

Juan Gabriel Borkman. Ambos intentan redimir a su pueblo, a costa de sus propias vidas, expiando su pasado por medio de su presente y edificando, desde abajo, el porvenir. El Norte de Europa debe a Ibsen y a Tomás Mann, lo que Oriente a Spengler.

No es verdad que con "los Buddenbrook", Tomás Mann se muestre traidor a su clase—como pensaron las gentes de la hanseática ciudad de Lübeck, su tierra natal—, antes bien, trata de evitar su escandaloso derrumbamiento de una manera franca y decidida. Cree que la burguesía tiende a desaparecer del campo de las fuerzas económicas, perdiendo la preponderancia comercial de los mares y el control de las máquinas productoras, pero sale al frente de los suyos en la espantosa catástrofe, protegido por las legiones de combate representadas en los valores estéticos. Solución anti-marxista la suya, al sostener que su clase no ha de morir nunca, porque la verdadera burguesía, los artistas burgueses, "como toda civilización y todo perfeccionamiento moral, han salido del espíritu de la literatura, que es el alma de la dignidad humana y que es idéntica al espíritu de la política".

El pequeño Hann, símbolo de una nueva clase en formación, deja de ser un influyente industrial para alcanzar la inmortalidad del Arte. Todos los suyos "tienen contra la música una antipatía de orden político", la consideran un síntoma de per-

dición, de vana sensiblería, pero han ignorado siempre, tal vez por el necio temor de comprarlo, el caudal de constructivas riquezas que puede introducir cada nota en la turbada conciencia de los burgueses. Desprecian a Beethoven sin saber que una de sus mejores Sinfonías, lenta, dulce, emotiva, es, en principio, más edificante que la energía concentrada de varias fábricas de tejidos.

El espíritu de la música, síntesis milagrosa de humanismo y cultura, abre las puertas para nuevas orientaciones de aquel inocente organismo "destinado a la anatomía de la tumba". Y si parece Hanno en la fatigosa aventura con la Muerte, es a causa de que sus estupendos melodías no obedecen ya al sentimiento de su vida temprana, sino que ahora van en busca de humanas y universales modalidades.

Tomás Mann se ha visto obligado a matar a sus personajes en esta ocasión, para no comprometerse demasiado; si no lo hiciera así, acaso se le hubiera pedido justificar atrevidas circunstancias contrarias a sus teorías de absoluta regeneración social, originando, por otra parte, cierto desequilibrio en la forma literaria. Además, para ser leal consigo mismo, era indispensable poner fin a un estado de cosas en bancarrota y dejar en libertad, con toda la pujanza de su desinterés, los límpidos manantiales del Arte, principio purificador de una nueva espiritualidad.

NOTAS SOBRE LA ESTETICA REVOLUCIONARIA

Por SALVADOR ORTIZ VIDALES

EN los últimos días se ha venido discutiendo, con marcada insistencia, sobre un tema, por lo demás sugestivo. ¿Hasta dónde, se ha preguntado, el Arte o la Estética debe ponerse al servicio de la Revolución? Esta sola pregunta, lanzada así que así, hubiera seguramente provocado el escándalo en tiempos de Flaubert, en que se pregonaba, sin asomo de réplica, la mística teoría del arte por el arte. Y era motivo de una particular distinción, y aun de aristocratismo, que el artista viviera en completo divorcio con las masas, o dicho en otros términos, entregado a la contemplación beatífica de su propia imagen, como el Narciso de la leyenda griega. Pero si el arte no debe ser nunca individualista, es decir, sin contacto con el mundo social o colectivo, no debe tampoco estar supeditado a nada ni a nadie, aunque esto sea tan noble y tan sagrado, como la idea de la Revolución, y esto dicho en su más alto y profundo sentido, y sin asomo de partidarismo. Pues, siendo la Estética en su más profundo sen-

tido filosófico, expresión y únicamente expresión, como lo asienta Croce, fácilmente se infiere que habrá arte, donde quiera que exista la expresión completa y acabada, independientemente de lo que enseñe o trate de enseñar. Pues una cosa es la Ética, o la Ciencia Moral, hecha sólo a base de conceptos, y otra la Estética, que consiste únicamente en dar forma al mundo de las impresiones.

Pero, naturalmente, todo artista para crear, tiene por fuerza que partir de la realidad misma, y ha de ser tanto más influyente en su época y en su país, cuanto más grande sea su facultad receptiva.

Ahora bien, cabe preguntar: ¿la idea de la Revolución, fuera de todo partidarismo, y en lo que esta palabra significa de aspiración y anhelo hacia una sociedad más perfecta, ha cundido ya lo suficiente en la conciencia mexicana, para dar material a una obra de arte? Seguramente sí. Pues no viene de ahora, sino desde la consumación de la Independencia, esta nuestra actitud ideológica,

que se coloca siempre frente al futuro, en un anhelo inenarrable de perfección y de mejoramiento.

Nuestra vida política, y por ende de todas las naciones de América, se halla inspirada toda en el siglo XVIII, o sea, en las ideas de los enciclopedistas y el "Contrato Social" de Juan Jacobo.

Pues dígame lo que se quiera, no hemos superado este momento histórico, y nuestro postulado, sigue siendo el mismo de la Revolución Francesa, o sea: "La libertad, la igualdad y la fraternidad".

Y es que nuestro proceso de integración es lento, y queramos o no, lo habremos de seguir en todas sus etapas, sin precipitaciones, ni saltos, so pena de ir a la confusión y al desquiciamiento. Pues los problemas sociales, pese a nuestros reformadores de última hora, no se revuelven a base de un formulario dado de antemano, sino en vista de la psicología y de la idiosincrasia de los pueblos.

Y es que, en el fondo, nuestra ciudadanía sigue siendo embrionaria; no tenemos aún la conciencia de nacionalidad, o la fuerza que siente, por ejemplo, el francés, por el sólo hecho de haber nacido en Francia. Pues, cuando no propiamente el mestizaje, que según hace notar Waldo Franck, produce en nosotros una constante disparidad, entre dos culturas diferentes, la india y la europea, si, al menos, el problema entre los educados y los no educados, produce en nosotros la confusión y el caos. Pues dicho sea en puridad de verdad, de los antiguos indios, que tuvieron una cultura propia, no queda ya a sus descendientes, sino el color, cuando no la apatía y la inercia, atributo de todas las razas decadentes, que llenaron ya su momento histórico. Y que, como quiere la fatídica sentencia, fueron una vez, para no ser ya más.

Somos, pues, un pueblo desintegrado, en que, dos elementos: el europeo y el indio, tratan de incorporarse, para dar vida a una nueva raza, que indefectiblemente tendrá que tener las características de ambos elementos: el español y el indio.

Y así, al ímpetu y a la agresividad del español, se une en nosotros, la inercia y el dolor ancestral de los indios, esclavizados durante largos siglos, que desconfían de todo, que, en razón de su primitivismo, como quieren algunos, o de su decadencia, se hallan profundamente hundidos en el mundo abisal.

Es, pues, preciso entre nosotros, superar el miedo de sufrir, por el valor de sufrir, que es lo que constituye el impulso creador o el sentimiento trágico de la vida que diría don Miguel de Unamuno.

O lo que es lo mismo, aceptar el sufrimiento, como algo indispensable para alcanzar el bien, ora supraterráneo, ora inspirado sólo en un ideal, que es la actitud del héroe.

En una palabra, crear la responsabilidad o la facultad de poder elegir. Pues como dice Keyserling: "Mientras este mecanismo funciona sin ser comprendido, el hombre no ejerce influencia ninguna sobre él, y entonces, también para él, para su vida personal, la última instancia es lo que le sucede, el destino, y no el libre albedrío. Mas si, por el contrario, comprende aquel mecanismo, entonces aquella parte de su personalidad ante la cual se abren a cada instante varios caminos posibles, y que es capaz de iniciativa, trasciende el suceder absolutamente ligado a un itinerario fijo, y entonces el hombre puede imprimir por sí mismo a dicho suceder una dirección".

Pero antes de llegar a esta etapa, en que hace irrupción el espíritu, precisa haber recorrido los círculos cerrados del infierno abisal, en que el destino rige como una fuerza ciega e implacable.

Ahora bien, quizás en ninguna producción mexicana, como en la novela de "Los de Abajo", escrita por don Mariano Azuela, se ha reflejado en tonos tan marcados, esta profunda tristeza mexicana, que se parece tanto a la tristeza rusa, y en donde la mayor parte de sus personajes decentrados y absurdos, se mueven como simples autómatas, obedientes sólo al destino implacable, de la misma manera que los tipos subterráneos del gran escritor ruso Dostoyevski.

En efecto, tanto los personajes de don Mariano Azuela, como los del escritor ruso, viven en un plano de mera subconsciencia, o por mejor decir, en los fondos profundos del alma, en donde imperan los impulsos instintivos y las reminiscencias atávicas.

Y, aunque la novela de "Los de Abajo", se desarrolla en la época de la Revolución, sus personajes, casi no se dan cuenta de este momento trascendente, sumidos como están en su mundo abisal, donde la voluntad no existe, ni el amor al deber, y el hombre es presa sólo de su destino.

Claro que esto, no satisface a todos, y ante el deber ineludible de reflejar nuestro medio, con todas sus taras y mezquindades, prefieren influenciarse por la literatura de Occidente, y vivir en su torre de marfil, como vivieron los escritores mexicanos de las postrimerías del siglo XIX y principios del XX.

Pero toda generación, tiene, seguramente, un papel importante que desempeñar en la historia, y si a nuestros abuelos, los hombres de la última mitad del siglo XIX, les tocó la tarea de constituir a México en nación, toca a los escritores de ahora, luchar por la creación de una cultura propia, presentándonos a México tal como es, con todas sus miserias y todos sus dolores; pero con todas sus ideas revolucionarias también, que ven hacia el futuro y a una patria mejor.